

LOS MEJORES CUENTOS TRISTES

PRIMEROS CAPÍTULOS PROMOCIONALES

Autores Varios

LOS MEJORES CUENTOS TRISTES



Colección
LOS MEJORES CUENTOS DE...

© MESTAS EDICIONES, S.L.
Avda. de Guadalix, 103
28120 Algete, Madrid
Tel. 91 886 43 80
Fax: 91 886 47 19
E-mail: info@mestasediciones.com
www.mestasediciones.com
<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>
<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>
© Derechos de Traducción: Mestas Ediciones, S.L.

Director de colección: J. M. Valcárcel

Imagen de cubierta bajo licencia Shutterstock
Autor: Alexblacksea

Primera edición: *Marzo, 2022*

ISBN: 978-84-18765-12-4
Depósito legal: M-2377-2022
Printed in Spain – Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

La tristeza y la felicidad son caras de una misma moneda. No podríamos definir la una sin la otra. Estamos ante una analogía que se puede explorar de muchas formas. Por ejemplo, piensa en lo complicado que es definir el color blanco sin mencionar el negro. O cuán imposible sería intentar explicar qué sonido produce una sola nota en un piano sin contrastarla con todas las otras notas a su alrededor. Sin oscuridad, no podríamos apreciar la luz...

«Sufrir y llorar significa vivir.»

Fiódor Dostoievski

Hay muchos temas que nos pueden hacer llorar. Entre ellos se incluyen historias sobre desamor, muerte, agonía, enfermedad, pobreza, crimen, tortura, abuso... Pero ¿por qué disfrutamos leyendo historias tristes? No es que nos deleitemos, es que aprendemos. No es que haya diversión, es que hay liberación. De alguna manera, leer sobre situaciones similares a las que podamos estar viviendo nosotros, nos libera del sentimiento que tenemos encerrado en el alma. ¡Y aprendemos a ser felices dejando marchar a la tristeza! Este libro te ayudará a ello de la mano de escritores imprescindibles de la literatura universal y algunas de sus obras más destacadas en narrativa breve: *La tristeza*, *Vanka* y *La cigarra*, de Antón Chéjov; *El canario*, de Katherine Mansfield; *Coco*, de Guy de Maupassant; *Bartleby*, de Herman Melville; *Una Nubecilla*, de James Joyce; *Yzur*, de Leopoldo Lugones; *La Niña De Los Fósforos*, de Hans Christian Andersen; *Alyosha*,

El cuenco, de Lev Tolstói; *Una aventura*, de Sherwood Anderson; *¡Adiós, Cordera!*, de Leopoldo Alas “Clarín”; *El chico que amaba una tumba*, de Fitz James O’Brien; *La Muerte de John*, de Louisa May Alcott y *Un perro castaño oscuro*, de Stephen Crane.

*«Debe haber algo extrañamente sagrado en la sal:
está en nuestras lágrimas y en el mar.»*

Gibran Kahlil Gibran

La ciencia nos explica que la tristeza se caracteriza por comportamientos que repetimos los seres humanos: deseo de aislamiento, lentitud en cada proceder, mucha menor búsqueda de recompensas. También por una expresión facial alicaída, con una bajada de párpados, una expresión que mira hacia abajo y un entrecejo inclinado. Sin embargo, también nos dice la ciencia que durante todo el proceso de dolor que conlleva estar tristes, se pueden producir momentos muy placenteros: como escuchar música, ver películas o leer libros melancólicos. Según el estudio de Matthew E. Sachs, Antonio Damasio y Assal Habibi (para la Brain and Creativity Institute, Dornsife College of Letters Arts and Sciences, University of Southern California, Los Ángeles, CA, EE.UU.) «La tristeza evocada por la música se encuentra placentera: (1) cuando se percibe como no amenazante; (2) cuando es estéticamente agradable; y (3) cuando produce beneficios psicológicos como la regulación del estado de ánimo y sentimientos de empatía, causados, por ejemplo, por el recuerdo y la reflexión sobre eventos pasados». Pero también hay mucho de “superación de la tragedia”. En la tragedia clásica se busca que el espectador supere sus propios miedos viéndose reflejado en las injustas desgracias y peripecias por las que tiene que pasar el héroe. Algo parecido sucede al leer cuentos tristes. Nos sentimos identificados con la magnitud de la tragedia que viven los personajes y, de alguna manera, purificamos nuestra alma con el fin de la narración. Es un acto doloroso, aunque a la vez, placentero. Trascendemos nuestro sufrimiento personal y lo transmutamos

en placer por el simple hecho de “haber sido capaces de superar ese dolor”. Nos hemos enfrentado a él y hemos vencido.

«Los hombres ricos en lágrimas son buenos. Apartaos de todo aquel que tenga seco el corazón y secos los ojos.»

Goethe

En definitiva, quiero que sepas, querido/a lector/a, que hemos realizado esta selección literaria con una sola cosa en la cabeza: ayudarte a ver la vida con más optimismo. Todos hemos sufrido por decenas de cuestiones a lo largo de toda nuestra vida. Todos hemos tenido “momentos bajos”. ¡Y está bien tenerlos! Lo que no podemos hacer es quedarnos “ahí”. No queremos que tú te quedes “ahí” más tiempo del imprescindible. No nos interesa que te recrees en la tristeza, lo que deseamos es que te enfrentes a ella y descubras que la vida contiene millones de razones por las que sonreír cada día. ¡Esperamos que este libro sea una de esas razones para ti en estos días!

El editor

*Lágrimas, no fluyan más,
y si vuestro anhelo es fluir,
hacedlo con suavidad.
No invadáis el mundo
desde las pequeñas primaveras
que vuestro flujo supo cultivar,
antes de reposar llegando al mar,
en aquel lecho salobre,
cuya esencia es similar
al de estas lágrimas que corren.*

*Revolved mi corazón,
sobre el ardiente fuego
de mis pálidos deseos;
o dejad que vuestros torrentes caigan
sobre aquel diminuto juego
de chispas que en el aire se elevan,
para diluirse luego en el calor de las llamas.
Así como se sacrifican sobre el fuego,
mi amor se sacrifica en lágrimas.*

*Sin embargo, si la tempestad
de mis suspiros os conmueve,
vosotras también deberéis fluir.
Mientras mi deseo aún quema,
ningún alivio le traeréis a mi pena
con vuestras vanas ansias de ayuda.
¿Por qué la ira permanece impávida
ignorando estas pobres lágrimas,
avivando mis moribundas llamas?*

Lágrimas, Edward Herbert de Cherbury

*Mi corazón oprimido
siente junto a la alborada
el dolor de sus amores
y el sueño de las distancias.
La luz de la aurora lleva
semilleros de nostalgias
y la tristeza sin ojos
de la médula del alma.
La gran tumba de la noche
su negro velo levanta
para ocultar con el día
la inmensa cumbre estrellada.*

*¡Qué haré yo sobre estos campos
cogiendo nidos y ramas
rodeado de la aurora
y llena de noche el alma!
¡Qué haré si tienes tus ojos
muertos a las luces claras
y no ha de sentir mi carne
el calor de tus miradas!
¿Por qué te perdí por siempre
en aquella tarde clara?
Hoy mi pecho está reseco
como una estrella apagada.*

Alba, Federico García Lorca

LA TRISTEZA

Antón Chéjov

La capital se encuentra envuelta entre penumbras vespertinas. La nieve cae poco a poco en gruesos copos, girando alrededor de las farolas encendidas, se extiende en capas finas y blandas sobre los tejados, sobre los lomos de los caballos, sobre los hombros de las personas y sobre los sombreros.

El cochero Yona está totalmente blanco. Es como un espectro sentado en el pescante del trineo, con el cuerpo encorvado todo lo que lo puede estar un cuerpo humano, totalmente quieto. Se podría decir que ni un ataúd de nieve que le cayese encima podría sacarlo de su quietud.

Su caballo también está blanco e inmóvil. Por esa inmovilidad, por las rígidas líneas de su cuerpo, por el entumecimiento de sus patas, aunque se mire de cerca parece uno de esos caballos de dulce que por un kopek se les compra a los niños. Está sumido en sus pensamientos. Un hombre o un caballo, lejos de las tareas del campo y en medio del infierno de una gran ciudad, como Yona y su caballo, siempre están entregados a tristes pensamientos. La diferencia entre la apacible vida rústica y la agitada, toda ella ruido y angustia, es demasiado grande en las ciudades repletas de luces.

Hace ya tiempo que Yona y su montura permanecen sin moverse. Han salido a la calle antes de almorzar, pero Yona no ha ganado nada.

Las sombras se espesan. La luz de las farolas se va intensificando, haciéndose más brillante. El ruido aumenta.

—¡Cochero! —oye Yona de repente—. ¡Lléveme a Viborgskaya!

Yona se estremece. A través de las pestañas cubiertas de nieve puede ver a un militar con su impermeable.

—¿Me oyes? ¡A Viborgskaya! ¿Estás dormido?

Yona fustiga al caballo con el látigo y este se sacude la nieve del lomo. El militar se sienta en el trineo. El cochero arrea al caballo, estira el cuello cual cisne y chasquea su látigo. El caballo también estira el cuello, despega las patas y, sin prisa, inicia la marcha.

—¡Ten cuidado! —grita otro cochero encolerizado—. ¡Nos vas a atropellar, imbécil! ¡A la derecha!

Se continúan escuchando los juramentos del invisible cochero. Un peatón tropieza con el caballo de Yona y gruñe amenazador. Yona, confuso y avergonzado, descarga varios latigazos sobre el lomo del caballo. Parece algo aturdido, atontado, y mira a su alrededor como si acabase de despertarse de un profundo sueño.

—¡Parece que todos han organizado una conspiración contra ti! —dice el militar con ironía—. Todos intentan molestarte, meterse entre las patas de tu caballo. ¡Una auténtica conspiración!

Yona gira la cabeza y abre la boca. Pretende decir algo, pero sus labios están tan paralizados que no son capaces de pronunciar palabra alguna.

El cliente advierte sus esfuerzos y le pregunta:

—¿Qué hay?

Yona hace un nuevo esfuerzo y contesta con voz tenue:

—Ya ve usted, señor... Acabo de perder a mi hijo... Falleció la semana pasada...

—¿De veras? ¿Y de qué falleció?

—No lo sé. De una enfermedad entre tantas. Estuvo tres meses en un hospital y, al final... Dios así lo quiso.

—¡A la derecha! —se oye de nuevo gritar con furia—. ¡Pareces ciego, estúpido!

—¡A ver! —dice el militar—. Ve algo más deprisa o no llegaremos nunca. ¡Fustiga al caballo!

Yona estira otra vez el cuello como un cisne, se levanta y, torpemente, con pesadez, agita su látigo.

Se gira continuamente hacia su cliente, ansioso por continuar la conversación, pero él ya ha cerrado los ojos y no parece muy dispuesto a escucharle.

Por fin llegan a Viborgskaya. El cochero se detiene ante la casa indicada y el cliente se apea. Yona se vuelve a quedar solo con su caballo. Estaciona ante una taberna y espera, sentado en el pescante, encorvado e inmóvil. La nieve cubre nuevamente su cuerpo, envolviendo caballo y trineo bajo un cendal.

Pasa una hora, dos... ¡Nadie! ¡Ni un solo cliente!

Pero entonces Yona parece estremecerse. Ante él ve cómo se detienen tres jóvenes. Dos de ellos son altos y delgados; el tercero, bajo y con chepa.

—¡Cochero, al puesto de policía! ¡Veinte kopeks por los tres!

Yona toma las riendas y se endereza. Veinte kopeks es demasiado poco, pero acepta. Lo que más le importa es tener clientes.

Los tres jóvenes, entre tropezones y juramentos, se acercan al trineo. Como solo hay dos asientos, discuten mucho tiempo sobre cuál de los tres debe viajar de pie. Al fin deciden que sea el jorobado.

—¡Bien, en marcha! —le grita el jorobado a Yona, situándose a su espalda—. ¡Menudo gorro llevas, muchacho! Apuesto cualquier cosa a que en toda la capital es imposible encontrar un gorro tan feo.

—¡El señor se encuentra de buen humor! —dice Yona con una risa forzada—. Mi gorro...

—¡Bien, bien! Arrea a tu caballo. A este paso no llegaremos nunca. Si no vas más deprisa, te daré algún que otro sopapo.

—Me duele la cabeza —dice uno de los jóvenes—. Vaska y yo nos bebimos ayer cuatro botellas de caña en casa de Dukmasov.

—¡Eso no es cierto! —responde el otro—. Eres un mentiroso, amigo, y sabes que nadie te cree.

—¡Te doy mi palabra de honor!

—¡Oh, tu honor! No pagaría ni un céntimo por él.

Yona, ansioso de entablar conversación, vuelve la cabeza y, enseñando sus dientes, rio con decisión.

—¡Ja, ja, ja!... ¡Qué buen humor!

—¡Vamos, vejestorio! —grita el cheposo, enojado—. ¿Vas más deprisa o no? Dale fuerte al vago de tu caballo. ¡Qué demonios!

Yona agita su látigo, las manos, todo el cuerpo. Pese a todo, estaba contento. No está solo. Le riñen, lo insultan, pero al menos escucha voces humanas. Los jóvenes gritan, juran y hablan de mujeres. En el momento que cree oportuno, Yona se vuelve otra vez hacia los clientes y dice:

—Y yo, señores, acabo de perder a mi hijo. Falleció la semana pasada...

—¡Todos tenemos que morir! —contesta el cheposo—. ¿Pero quieres ir más deprisa? ¡Esto es insoportable! Prefiero ir a pie.

—Si pretendes ir más deprisa, dale un golpe —le aconseja uno de sus camaradas.

—¿Me oyes, viejo tarado? —grita el chepudo—. Te la vas a ganar si continuas así.

Y mientras habla así, le da un puñetazo en la espalda.

—¡Ja, ja, ja! —ríe con desgana Yona—. ¡Dios les conserve su buen humor, señores!

—Cochero, ¿estás casado? —le pregunta uno de sus clientes.

—¿Yo? ¡Ja, ja, ja! ¡Qué tipos más alegres! No, no tengo a nadie. No me espera más que la sepultura. Mi hijo ha fallecido, pero la muerte no me quiere a mí. Ha cometido una equivocación y, en lugar de cargar conmigo, ha cargado con mi hijo.

Y vuelve de nuevo la cabeza para contar cómo había fallecido su hijo, pero en ese momento el cheposo, lanzando un suspiro de satisfacción, exclama:

—¡Por fin hemos llegado!

Yona recibe los veinte kopeks convenidos y los clientes se apean. Los sigue con la mirada hasta que desaparecen en un portal.

Se queda a solas con su caballo. La tristeza embarga de nuevo su corazón fatigado, de la manera más dura y cruel. Observa a la multitud que pasa por la calle, buscando entre millares de transeúntes a alguien que quiera escucharle. Pero la gente parece tener prisa y pasa sin fijarse en él.

Su tristeza se intensifica a medida que pasa el tiempo. Enorme, interminable, inundaría todo el mundo si pudiese salir de su pecho.

Yona ve a un portero que se asoma a la puerta con un paquete y trata de entablar conversación con él.

—¿Qué hora es? —le pregunta, servil.

—Van a ser las diez —contesta el otro—. Aléjese un poco. No se quede delante de la puerta.

Yona avanza un poquito, vuelve a encorvarse y se sume en sus tristes pensamientos. Se convence de que es inútil dirigirse a la gente.

Transcurre otra hora. Se siente mal y decide retirarse. Se yergue y agita su látigo.

—No puedo más —murmura—. Debo ir a acostarme.

El caballo, como si entendiese las palabras de su viejo amo, emprende un repentino trote.

Una hora más tarde Yona está en su casa, es decir, en una enorme y sucia habitación donde, acostados en el suelo o en unos bancos, duermen docenas de cocheros. El ambiente es muy pesado, irrespirable. Resuenan los ronquidos.

Yona se arrepiente de haber vuelto tan pronto. Además, sin ganar casi nada. Tal vez por ello piensa que se sentía tan desgraciado.

En cierto rincón, un joven cochero se incorpora. Se rasca el pecho y la cabeza, buscando algo con la mirada.

—¿Quieres beber algo? —le pregunta Yona.

—Sí.

—Aquí hay agua. He perdido a mi hijo... ¿Sabes? La semana pasada, en un hospital. ¡Menuda desgracia!

Pero sus palabras no producen ningún efecto. El cochero no le hace ni caso. Se vuelve a acostar, se tapa la cabeza con la colcha y, poco después, ronca.

Yona suspira. Siente una imperiosa e irresistible necesidad de contar su desgracia. Ya casi ha pasado una semana desde la muerte de su hijo, pero aún no ha podido hablar de ella con la extensión necesaria para contarla en todos sus detalles. Necesita contar cómo había enfermado su hijo, lo que había sufrido, las palabras que pronunció antes de morir. También le habría gustado contar cómo fue su entierro. Su difunto hijo dejó una niña en la aldea, de la que también pretendía hablar. ¡Tenía tantas cosas que contar! ¡Lo que daría por encontrar a alguien que lo escuchase y que sacudiese la cabeza al compás, suspirando y compadeciéndose!

Lo mejor habría sido contárselo todo a cualquier mujer de su aldea. A las mujeres, aunque sean tontas, les gusta todo eso y, con solo decirles dos palabras, derraman torrentes de lágrimas.

Yona decide ir a ver a su caballo.

Se viste para salir a la cuadra.

El caballo, inmóvil, come heno.

—¿Estás comiendo? —le dice Yona dándole unas palmaditas en el lomo—. ¿Qué le vamos a hacer? Como no hemos ganado lo suficiente para comprar avena debemos contentarnos con heno. Ya soy demasiado viejo para ganar tanto. En realidad, ya no debería seguir trabajando. Mi hijo me hubiese reemplazado. Él sí era un verdadero y soberbio cochero. Conocía bien su oficio. Por desgracia, ha muerto...

Tras una breve pausa, continúa:

—Sí, amigo, ha fallecido... ¿Lo entiendes? Es como si tú tuvieses un potro y se muriese. Como es natural, sufrirías, ¿verdad?

El caballo sigue comiendo su heno, escuchando a su viejo amo y exhalando un cálido y húmedo aliento.

Yona, escuchado al final por un ser vivo, desahogó su corazón para contarle todo.

EL CANARIO

Katherine Mansfield

¿Ves ese clavo grande que está a la derecha de la puerta de entrada? Aún me apena mirarlo y, con todo, no lo quitaría por nada del mundo. Me gusta pensar que estará siempre allí, incluso después de mi muerte. En ocasiones oigo a los vecinos decir: «Antes debía colgar de allí una jaula». Y eso me consuela porque así me parece que no lo olvidan del todo.

Ni te imaginas cómo cantaba. Su trino no se parecía al de los otros canarios, y esto que te cuento no son figuraciones mías. A menudo solía observar desde la ventana a las personas que se detenían en el portal a escuchar. Se quedaban embobados, apoyados mucho rato en la verja, junto al arbusto de celinda. Tal vez eso te parecerá ridículo, pero no lo pensarías si lo hubieses oído. Para mí era como si trinase canciones enteras que tenían un principio y un fin. Por ejemplo, cuando había terminado por la tarde las faenas domésticas, después de haberme mudado la blusa, me sentaba en el porche a coser. Él se ponía a saltar de una percha a la otra y golpeaba los barrotes para llamar mi atención, beber un poco de agua como hacen los cantantes profesionales, y luego, arrancaba de pronto a cantar de un modo tan extraordinario que tenía que dejar la aguja y escucharlo. No puedo describir su canto y juro que me gustaría poder hacerlo. Todas las tardes ocurría lo mismo, y yo sentía que comprendía cada nota de sus modulaciones.

¡Lo quería! ¡Cómo lo quería! Puede que poco importe en este mundo lo que uno quiere, pero debemos querer algo. Mi casita y el jardín han llenado siempre un vacío, de eso no cabe duda.

Sin embargo, jamás me han bastado. Las flores son muy agradecidas, pero no les interesan nuestras vidas. Hace tiempo amé a la estrella del atardecer. ¿Te parece una bobada? Solía sentarme en el jardín, detrás de la casa, tras la puesta del sol, y aguardaba a que saliese la estrella y brillase sobre las ramas oscuras del árbol del caucho. Entonces le musitaba: «¿Ya estás aquí, mi amor?». En esos momentos parecía brillar únicamente para mí. Era como si lo comprendiese. Algo que es nostalgia y no lo es a un mismo tiempo. O puede que el dolor de lo que uno añora, sí, era este dolor. Pero ¿qué añoraba? Debo agradecer lo mucho que he recibido.

Pero apenas entró en mi vida el canario olvidé a la estrella vespertina. Ya no la necesitaba. Y aquello ocurrió de un modo extraño. Cuando el chino que vendía aves cantoras se detuvo delante de mi puerta y levantó la jaula donde el canario, en lugar de sacudirse como los dorados pinzones, emitió un suave y leve trino, me sorprendí a mí misma diciéndole:

—¿Ya estás aquí, mi amor?

Fue mío desde ese momento.

Aún me asombra que siga recordando cómo él y yo compartíamos nuestras vidas. En cuanto retiraba por la mañana la funda con la que cubría su jaula, me saludaba con una notita soñolienta. Yo sabía que quería decir: «¡Señora! ¡Señora!». Luego lo colgaba fuera, mientras preparaba el desayuno de mis tres realquillos, y no lo metía hasta que estábamos de nuevo solos en casa. Más tarde, cuando terminaba de fregar los platos, empezaba nuestra verdadera diversión. Colocaba una hoja de periódico en la mesa y, cuando ponía encima la jaula, el canario agitaba las alas con desesperación, como si ignorase lo que iba a suceder. «Eres todo un comediante», le reñía. Frotaba el plato de la jaula, esparcía arena limpia, llenaba de alpiste y de agua los comederos, metía entre los barrotes unas hojas de lechuga y medio pimientito. Estoy convencida de que él lo comprendía y sabía apreciar cada detalle de esta ceremonia. ¿Comprendes? Era

de una exquisita pulcritud por naturaleza. Nunca veías manchas en su percha. Solo de ver cómo disfrutaba su baño se comprendía que su punto flaco era la limpieza. Lo último que yo ponía en la jaula era el cuenco en el que se bañaba. Y se metía corriendo dentro. Primero sacudía un ala, luego la otra, después sumergía la cabeza y se remojaba las plumas del pecho. Toda la cocina se salpicaba de gotitas de agua, pero él no quería salir de su baño. Yo solía decirle: «Ya basta. Tú lo que quieres es que te miren». Y finalmente salía del agua dando un salto y, sosteniéndose con una pata, se secaba con el pico. Al terminar se sacudía, batía las alas y ensayaba un gorjeo levantando la cabeza. ¡Oh! No puedo recordarlo. Yo solía limpiar los cuchillos mientras tanto y me parecía que hasta ellos cantaban a medida que lucían.

Me hacía compañía, ¿comprendes? Eso hacía. La más perfecta de las compañías. Si has vivido sola, sabrás lo valioso que puede ser ese. También tenía a mis tres realquilados que venían a cenar y en ocasiones se quedaban en casa leyendo los periódicos. Pero no podía ni imaginar que a ellos les interesasen los detalles de mi vida diaria. ¿Por qué iban a interesarse? Yo no significaba nada para ellos. Lo sé porque una noche, en la escalera, los oí que me llamaban «el adefesio». Da igual. No importa lo más mínimo. Lo comprendo. Ellos son jóvenes. ¿Por qué iba a molestarme? Pero recuerdo que aquella noche me consoló pensar que no estaba del todo sola. En cuanto los chicos salieron, le dije a mi canario: «¿Sabes cómo llaman a tu señora?». Y él ladeó la cabecita y me miró con su brillante ojito de tal forma que no pude menos que reírme. Era como si aquello le hubiese hecho gracia.

¿Has tenido pájaros alguna vez? Si no los has tenido, tal vez todo esto te parezca exagerado. La gente cree que las aves carecen de corazón, que son frías, que no se parecen a los perros y los gatos. Mi lavandera solía decirme los lunes cuando venía: «¿Por qué no tiene un bonito foxterrier? Un canario no consuela ni hace compañía». No es cierto, estoy segura. Recuerdo una noche que había tenido una pesadilla (los sueños pueden ser terrible-

mente crueles en ocasiones). Como poco después de haber despertado no lograba calmarme, me puse la bata y bajé a la cocina para beber un vaso de agua. Era una noche de invierno y diluviaba. Creo que aún estaba amodorrada. No obstante, tenía la impresión de que la oscuridad me miraba, me espiaba a través de la ventana sin postigos. Entonces sentí que era insoportable no tener a nadie a quien poder decirle: «He tenido un sueño horrible» o «Protégeme de la oscuridad». Estaba tan asustada, que hasta me cubrí un momento la cara con las manos. Luego oí un débil «¡Tui-tui!». La jaula estaba sobre la mesa y la funda que la cubría había resbalado, así que le entraba una rendija de luz. «¡Tui-tui!», llamaba de nuevo mi pequeño y querido compañero, como si dijese con dulzura: «Aquí estoy, señora mía; aquí estoy». Aquello me consoló tanto que casi rompí a llorar.

Pero ahora se ha marchado. Nunca volveré a tener otro pájaro, otro ser querido. ¿Cómo podría? Cuando lo encontré tendido en su jaula, con los ojos mortecinos y las patitas retorcidas, cuando supe que no lo oiría cantar de nuevo, me pareció que algo moría en mí. Sentí un vacío en el corazón, como si fuese la jaula de mi canario. Me resignaré poco a poco, seguramente. Tengo que acostumbrarme. El tiempo todo lo cura y dicen que yo tengo un carácter alegre. Es verdad. Doy gracias a Dios por habérmelo dado.

De todos modos, aunque no soy melancólica y que no suelo dejarme llevar por la añoranza y la pena, sé que hay algo triste en la vida. Es difícil definir qué es. No hablo del dolor que todos conocemos, como la enfermedad, la pobreza y la muerte, no. Es algo distinto. Está en nosotros honda, muy hondamente arraigado. Forma parte de nuestro ser como lo forma nuestra respiración. Aunque trabaje mucho y me agote, basta con que me detenga para saber que me aguarda ahí. A veces me pregunto si todos sienten eso mismo. ¿Quién sabe? Pero ¿no es asombroso que, en su canoro y alegre canto, lo que yo sentía era esa tristeza, ese algo indefinible?

COCO

Guy de Maupassant

En todos los alrededores llamaban «La hacienda» a la finca de los Lucas. Nadie sabría decir el porqué. Sin duda, los campesinos asociaban la palabra «hacienda» a riqueza y grandeza, ya que esta finca era sin duda la más extensa, rica y ordenada de la comarca. El patio, inmenso, rodeado de cinco hileras de magníficos árboles para guarecer del fuerte viento de la llanura a los manzanos compactos y delicados, tenía largos edificios con tejado para guardar el forraje y los cereales, hermosos establos contruidos en sílex, cuadras para treinta caballos, y una vivienda de ladrillo rojo que parecía un palacete. El estiércol estaba bien mantenido. Los perros guardianes tenían casetas y entre la hierba crecida pululaba multitud de aves. Siempre a mediodía, quince personas, entre dueños y servidumbre, se sentaban en torno a la larga mesa de la cocina sobre la que humeaba una gran sopera de porcelana con flores azules.

Los animales, caballos, vacas, cerdos y corderos estaban gordos, cuidados y limpios. Lucas, el dueño, era un hombre alto que empezaba a estar metido en carnes, hacía su ronda tres veces al día, controlando todo, pensando en todo.

Mantenían por compasión en el fondo del establo a un viejo caballo blanco que la dueña deseaba cuidar hasta que muriese de forma natural, ya que ella lo había criado, siempre la había acompañado y le traía muchos recuerdos. Un mozo de quince años, llamado Isidore Duval, o simplemente Zidore, se ocupaba de aquel pobre tullido, le daba en invierno su ración de avena y su forraje y, en verano, cuatro veces al día lo trasladaba

del sitio donde lo ataban para que siempre tuviese abundante hierba fresca. El animal, casi inválido, levantaba trabajosamente sus pesadas patas, hinchadas a la altura de las rodillas e inflamadas por encima de los cascos. El pelo, que ya no le almohazaban, parecía canoso y las largas pestañas les daban a sus ojos una expresión triste.

Cuando Zidore lo llevaba para que pastase, debía tirar de la cuerda porque el animal caminaba lentamente. El mozo, encorvado, despotricaba contra él mientras jadeaba, enfadado por tener que ser él quien cuidase de aquel viejo jamelgo. Los habitantes de la hacienda, al ver la rabia del muchacho contra Coco, se divertían hablando sin cesar a Zidore del animal para hacerle rabiar aún más. Sus amigos le gastaban bromas. En el pueblo lo llamaban Coco-Zidore.

El chico se encolerizaba y sentía dentro de él unas inmensas ganas de vengarse del caballo. Era un mozo delgado y alto, sucio, de espeso cabello pelirrojo, fuerte y erizado. Parecía poco inteligente, tartamudeaba y hablaba con gran esfuerzo, como si las ideas no pudiesen formarse en su espíritu retrasado de bruto. Hacía tiempo que le sorprendía que conservasen a Coco. Le irritaba ver cómo derrochaban el dinero en aquel animal inútil. Le parecía injusto que lo alimentasen desde el momento en que dejó de trabajar. Consideraba indignante desperdiciar la avena de esa manera, una avena que costaba bastante, para aquel jamelgo paralítico. En ocasiones, pese a las órdenes del amo Lucas, le escatimaba el pienso al animal, echándole únicamente la mitad de la ración, racaneando la paja del lecho y el heno. Y el odio crecía en su confuso espíritu infantil, un odio de campesino avaro, malicioso, brutal y cobarde.

Al llegar el verano, tuvo que ir a trasladar al animal en la finca. Estaba lejos. El mozo, que estaba más furioso cada mañana, caminaba lentamente por los trigales. Los hombres que laboraban las tierras le gritaban en broma: «¡Eh! Zidore, saluda de mi parte a Coco». Él no respondía, pero quebraba una varilla de un

seto al pasar y, tras cambiar de sitio al viejo animal, le azotaba los jarretes. El animal trataba de huir, cocear, escapar de los golpes, y giraba en el extremo de la cuerda como si lo hubieran tenido encerrado en una pista. Pero el muchacho lo golpeaba con saña, corriendo detrás, enrabiado, con los dientes apretados por la cólera. Luego se marchaba con paso lento, sin girarse, mientras el caballo contemplaba cómo se iba con su mirada de viejo, con las costillas salientes, sofocado por haber trotado. No bajaba su huesuda y blanquecina cabeza a la hierba hasta ver cómo desaparecía a lo lejos la camisa azul del mozo.

Como las noches ahora eran cálidas, dejaban que Coco durmiese al raso, lejos, al borde de una torrentera, detrás del bosque. Zidore era el único que acudía a verlo. Se divertía arrojándole piedras. Se sentaba a diez pasos de él, en un terraplén. Allí se quedaba una media hora, lanzando de cuando en cuando una piedra afilada al animal, que estaba de pie, encadenado delante de su enemigo, mirándolo continuamente, sin atreverse a pastar mientras él estuviese allí.

Pero una idea continuaba rondando la mente del chico: «¿Para qué alimentar a un animal que no hace ya nada?». Creía que este miserable jamelgo robaba el alimento a los demás, robaba el dinero a los hombres, los bienes al buen Dios e incluso a él, Zidore, que sí trabajaba. Así pues, poco a poco, el mozo fue reduciendo cada día el rodal de pasto que le daba acercando la estaca de madera a la que estaba atada la cuerda. El animal ayunaba, adelgazaba y languidecía. Demasiado débil para romper su atadura, dirigía la cabeza hacia la alta hierba verde y lujuriente, que tan cerca se hallaba, y cuyo olor sentía sin poder alcanzarla.

Una mañana Zidore tuvo la idea de no mover más a Coco. Estaba harto de ir tan lejos para cuidar de aquella osamenta. Sin embargo, fue únicamente para saborear su venganza. El animal lo miraba con inquietud. Aquel día no le pegó. Dio una vuelta a su alrededor con las manos metidas en los bolsillos. Fingió incluso cambiarlo de sitio, pero hincó la estaca en el mismo sitio

y se marchó, encantado con su idea. Al verlo marchar, el caballo relinchó para llamarlo. Pero el mozo echó a correr y lo dejó solo, completamente solo en aquel valle, atado y sin una brizna de hierba cerca de su quijada. Hambriento, quiso llegar a la succulenta hierba que rozaba con la punta de sus ollares. Se arrodilló, estirando el cuello y alargando el belfo húmedo de baba. Fue en vano. El pobre animal se agotó durante todo aquel día realizando esfuerzos vanos y terribles. El hambre lo devoraba, un hambre más torturante por la visión de tanto verde alimento que se extendía hasta el horizonte.

El mozo no regresó aquel día. Vagó por los bosques buscando nidos. Reapareció al día siguiente. Agotado, Coco se había tumbado. Pero se levantó al ver a Zidore por si, al fin, lo cambiaba de sitio. Pero el joven campesino ni siquiera tocó la estaca de madera clavada en la hierba. Se acercó, miró a animal, le arrojó un puñado de tierra que se aplastó sobre su pelo blanco y se fue silbando. El caballo se quedó de pie mientras pudo verlo, luego, al comprender que tratar de alcanzar la hierba cercana sería inútil, se tumbó nuevamente sobre un costado y cerró los ojos.

Al día siguiente Zidore no acudió. Un día después, cuando se acercó a Coco, que seguía tumbado, vio que estaba muerto. Entonces se quedó de pie, contemplándolo, contento por su acción, al mismo tiempo sorprendido de que todo hubiese acabado. Lo tocó con el pie, levantó una de las patas y la dejó caer, se sentó encima del animal y allí se quedó, con los ojos fijos en la hierba, sin pensar en nada.

Regresó a la hacienda y no contó nada de lo sucedido, pues quería seguir vagando a la hora en que solía ir a cambiar de lugar al animal. Fue a verlo al día siguiente. Los cuervos levantaron el vuelo al verlo. Un enjambre de moscas se paseaba por el cadáver y zumbaban en torno a él.

Al regresar avisó de lo ocurrido. El animal era ya tan viejo que nadie se extrañó. El amo dijo a dos criados: «Buscad las palas y cavad un hoyo en el sitio donde está». Los hombres enterraron el caballo en el lugar exacto en el que había muerto de inanición. La hierba brotó entonces fuerte, verde y lujuriante, alimentada por el pobre cadáver.

VANKA

Anton Chéjov

Vanka Yúkov, un muchacho de nueve años enviado como aprendiz del zapatero Aliajin tres meses antes, no se acostó la noche de Navidad. Se quedó esperando a que los jefes y los oficiales se fueran a presenciar la misa del gallo, y entonces sacó del armario de su patrón un frasquito de tinta y una pluma que tenía la plumilla enmohecida, puso ante él una hoja arrugada y comenzó a escribir.

Antes de escribir la primera letra, miró hacia la puerta y las ventanas en varias ocasiones con temor, observó un oscuro icono flanqueado de estantes de hormas y se puso a suspirar. El papel se encontraba en un banco y se arrodilló frente a él y escribió:

Mi querido abuelo Konstantín Markárich:

Te escribo esta carta. Te deseo una Feliz Navidad y que Dios nuestro Señor te conceda todo lo mejor. Yo ya no tengo padre ni madre y solo me quedas tú.

Vanka dirigió la mirada hacia la oscura ventana en la que se estaba reflejando la sombra oscilante de su vela y vivamente se imaginó a su abuelo Konstantín Markárich, que trabajaba como guarda nocturno en la casa de los señores Yiraviov. Se trataba de un anciano de unos sesenta y cinco años, pequeñito y enjuto, pero extremadamente ágil y vivo, con el rostro siempre sonriente y ojos de borrachín. Por el día dormía en la cocina de

servicio o bromeaba con las cocineras, y por la noche, cubierto con una chaqueta ancha, recorría la hacienda dando golpes con su garrote. Con la cabeza gacha, iba tras él la vieja perra Kash-tanká y Viún, un joven perro al que llamaron así por su color negro y por su alargado cuerpo, como si fuese una comadreja. Viún era muy cariñoso e infundía un gran respeto. Miraba con idéntica ternura a propios y extraños, pero no infundía ninguna confianza. Bajo un aspecto respetable y pacífico se escondía la maldad más jesuita. Nadie acechaba mejor que él, mordía las piernas y entraba en la alacena o robaba gallinas a los mujiks.^[1] Varias veces le habían lastimado las patas traseras y casi lo ahorcaron en dos ocasiones. Lo apaleaban cada semana hasta dejarlo medio muerto, pero sobrevivía siempre.

Seguro que el abuelo se encuentra ahora junto al portón, y que mira con sus ojos entornados las brillantes y rojas luces de la iglesia de la aldea sacudiendo el suelo con sus botas de fieltro. Lleva el garrote atado a su cinturón. Mueve las manos, se encoge de frío y con su risa de anciano pellizca a la doncella y a la cocinera.

—¿Queréis oler el tabaco? —dice, ofreciendo a las mujeres su tabaquera.

Las mujeres aspiran y estornudan. El abuelo se exalta, ríe a carcajadas y grita:

—¡Quítatelo! ¡Se te ha pegado!

Dan el tabaco a oler a los perros. Kash-tanká estornuda, mueve su hocico y, algo humillada, se hace a un lado. Por respeto, Viún no estornuda y mueve el rabo. Hace un tiempo estupendo. El aire es suave, cristalino y fresco. La noche es oscura, pero se puede ver toda la aldea con sus blancos tejados y las columnas de humo que surgen de las chimeneas, los árboles plateados de escarcha y los montoncitos de nieve. El cielo está todo tachonado de estrellas que centellean alegremente y la Vía Láctea se

[1] Campesinos rusos.

divisa con tanta claridad como si la hubiesen lavado y frotado con nieve para las fiestas...

Ayer me dieron una paliza. El amo me agarró de los pelos, me arrastró hasta el patio y me golpeó con la correa porque me quedé dormido en un descuido meciendo la cuna de su bebé. La dueña me ordenó la semana pasada limpiar un arenque. Empecé por la cola y ella lo cogió y me dio en los morros con la cabeza del arenque. Los oficiales se ríen de mí, me mandan por vodka a la taberna y me obligan a que robe pepinos a los amos. El amo me pega con lo primero que se le ocurre. Y de comida, nada de nada. Me dan pan por la mañana, gachas en el almuerzo y pan también en la cena. Los amos se toman el té y la sopa. Me obligan a dormir en el zaguán, pero cuando el bebé llora, no duermo y mezo la cuna. Querido abuelo, sé misericordioso y llévame a casa, a la aldea, ya no aguanto más... Me pongo a tus pies y rezaré por ti eternamente, sácame de aquí o moriré...

Vanka gesticuló con la boca, se secó los ojos con su negro puño, y sollozó.

Te picaré el tabaco —prosiguió—, le rezaré a Dios y, si ocurre algo, azótame con todas tus fuerzas. Y si crees que no soy capaz de ocuparme de nada, por Cristo que le pediré al mayoral que me escoja como limpiabotas, o iré de zagal en el lugar de Fedka. Mi querido abuelo, aquí nada es posible, tan solo la muerte. Me gustaría ir andando a la aldea, pero no tengo botas y las heladas me horrorizan. Te daré de comer cuando sea mayor y no permitiré que nadie te haga daño, y cuando mueras, rezaré por el descanso de tu alma, igual que por la de Pelagueya, mi madre.

Moscú es una gran ciudad. Sus casas son todas de señores y hay muchos caballos, pero carecen de ovejas y los perros no son malos. Los niños no cantan villancicos y no permiten cantar a nadie en el coro. Cierta vez, en el escaparate de una tienda, vi que ven-

Fin de la edición promocional